EDITORIAL
«Teresa, el encanto de una mujer enamorada»

No ha tenido buena prensa el enamoramiento en los ámbitos oficiosos del clero y la vida religiosa, sin embargo es una palabra de sentido tan hondo y tan evangélico, sólo entendiendo el sentido del enamorare (compartir (entrar en) el amor de otro) está la explicación de que a lo largo de la historia muchas personas, hombres y mujeres, hayan dejado todo para entregar su vida al servicio de los demás y, no por filantropía, sino llevados de un amor mucho más generoso. Quien no se haya enamorado nunca no puede entender ese cosquilleo, ese celo, esa atención, ese salir de sí hacia otro que esta realidad supone. Los sentimientos crecen con la persona que es capaz de olvidarse de sí para ponerse a disposición de lo que otra persona mande.

Jesús es el modelo de enamoramiento del Padre. Basta escuchar sus palabras en los capítulos 13 a 15 de san Juan: «Pero el mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado» (14, 31). Como hombre a Jesús no le agrada tener que ponerse en manos de aquellos que le van a vejar de manera cruel e inhumana, pero el amor al Padre y a los hijos del Padre le lleva a aceptar que esa es la forma con la que se manifestará el amor del Padre a todos y Él no tiene más voluntad que la del Padre. Su amor es una locura de amor, porque está enamorado del Padre con quien es una misma cosa. Dios como Él no deja a un lado su condición de hombre, porque para eso ha venido, para mostrar hasta qué punto el Padre nos ama que entrega a su hijo.

Entre las mujeres que han sentido esa atracción por Jesús está santa Teresa. Ella es enamoradiza por naturaleza, hasta el punto de que no piensa en ser monja hasta que se encuentra con el amor de Jesús que la llama. No me gusta llamarla Teresa de Ávila, porque su nombre es Teresa de Jesús. Al igual que una mujer casada toma el apellido de su marido, así Teresa toma el nombre de Jesús: «Yo soy Teresa de Jesús» y «Yo, Jesús de Teresa». Si la anécdota es verdadera o no, importa poco, porque esa es la percepción que tienen de Teresa quienes la conocen: «Ella es la enamorada de Jesús, la que todo lo que progresa en su vida se lo debe a Él», es la mujer encantadora que lleva en su devenir la presencia de Jesús a todos los que la ven, transparenta la dinámica de Dios en ella, porque es fiel a su esposo, Jesús, y sólo quiere lo que sea la voluntad del Esposo. Diríamos que ante Jesús a Teresa «le late el corazón de enamorada a toda prisa»

Nos sorprende ver su humanidad, su simpatía, su sencillez, su espontaneidad. Sin embargo, esos son los verdaderos rasgos que han de aflorar en quien tiene a Jesús por maestro y compañero de camino. No puede mostrar la luz de Dios en el hombre la persona huraña, malhumorada, tiesa, incapaz de comunicarse con los hombres porque sólo se comunica con Dios. Si Teresa enamora es porque es cercana, una mujer extraordinaria por lo cercano de su manera de ser, porque no oculta sus luchas ni sus momentos de duda cuando tiene que superar los estadios de sequedad, y es capaz de tomarlo con sentido del humor: «Así trato yo a mis amigos», le dice Jesús. «Por eso tienes tan pocos», responde Teresa. Y, como en la cita anterior –posiblemente sea apócrifa–, no hay confirmación de verdad, pero sí indica la amistad, que creen ver quienes la tratan, que existe entre la monja andariega y el caminante Jesús.

Porque una de las acciones que más la asemejan a Jesús es que no se queda en su primera fundación para gozar allí del loor de las gentes, sino que se convierte en la «andariega», la que de un lado a otro quiere colocar sus «palomarcicos» en los que se contemple a Dios en el quehacer diario y en la contemplación del rostro del amado. No puede quedarse con el regalo, tiene que proclamarlo por todas partes. Anduvo los caminos de España, de norte a sur: de Ávila a Burgos, Alba, hasta Beas de Segura, pasando por Caravaca, por caminos polvorientos y poco seguros. Me hace recordar la anécdota que cuentan de Francisco de Asís (otro enamorado), que cuando atraviesa los territorios dominados por los creyentes en el islam, no tiene ningún miedo, ya que va recitando: «Tú vas conmigo», el centro del salmo 22 (23). Si Tú vas conmigo, nada temo, el camino no es en solitario, Jesús acompaña.

Muchos caminos y numerosas aventuras emprendió Teresa. Algunas personas, que no entendieron su amor tan incondicional a Jesús, intentaron frenar su caminar por toda España, pero fiel a su consejo: «Nada te turbe, nada te espante, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta», ella experimenta esa absoluta paz en el Señor. Esa certeza le hace caminar por los caminos de Castilla y salirse de las fronteras para comunicar el amor, la amistad con el Señor. Si orar es «tratar de amistad a solas con quien sabemos nos ama», ella hace de la oración un estado de vida. No le aburre, no le cansa; como nos sucede a nosotros cuando estamos con una persona querida y recordamos lo que hemos vivido juntos, las aventuras de nuestra niñez o adolescencia, los caminos de enamoramiento en la juventud, lo que nos ha hecho reír y lo que ha provocado el llanto o la tristeza, el estar con Jesús tratando de cosas que tienen que ver con el amor mutuo, la hace más feliz. Pese a momentos de sequedad, está segura del amor y tiene confianza para decir a Jesús en un diálogo de queja lo que señalábamos más arriba. Las gentes sencillas perciben a Teresa como la mujer enamorada de Cristo, eso es los que ven las sencillas gentes de los pueblos castellanos.

Lo que más admira de la personalidad de Teresa es la conjunción de una personalidad ligada al amor de Dios y la humanidad y simpatía que derrocha a manos llenas en su vida cotidiana. Sin embargo, así debería ser la vida de aquella o aquel que han sentido que el amor de Dios toca su corazón y lo impulsa a derramarlo entre los hermanos. Fuera de nosotros, cristianos, sea cual sea nuestro estado de vida o la modalidad de respuesta a la vocación en la que estemos viviendo (laical, vida religiosa o ministerio), la tristeza, el sentido de derrota, de que estamos en un tiempo que no parece hecho para los creyentes en Jesús. Lejos cualquier aspecto sombrío en nuestras vidas, si hemos de transmitir la buena noticia ha de ser el aire que respiramos y la fuerza que transmitimos y, como dice un autor italiano contemporáneo, «no se puede proclamar el evangelio, la buena noticia por excelencia, en estado de depresión». No podemos seguir dando pábulo a nuestra neurosis y debilidades, como si en esto consistiera el ser persona de Cristo, hay que sacudírselas, sobre todo, porque ¿quién se va a apuntar a un funeral en el que no tiene arte ni parte? La tristeza es uno de los virus anti-vocacionales que pululan por nuestra sociedad, además del culto a lo inmediato y a lo pasajero, el afán de placer instantáneo, sin compromisos, la inconsistencia de las cosas. Cuando hay una tendencia a este estado depresivo en la sociedad muy llena de cosas, pero en sí vacía, solo la fuerza de la alegría cambia la perspectiva de la gente.

Teresa es esa mujer que transmite la fuerza del Espíritu de Jesús del que ella está «poseída».

A veces hablamos de «posesión por el diablo», pero yo creo que hemos de situarnos en la visión positiva de que es Dios quien nos quiere poseer, precisamente para introducirnos en la vía de la libertad. Así es Teresa: una mujer que vivió en otro tiempo y, con la libertad de los hijos de Dios, se convierte en persona actual en este momento de nuestra historia y nos invita a vivir en un enamoramiento que no esclaviza ni abaja, al contrario: es la puerta para una libertad nueva, vivida desde el amor y la entrega a los demás, pensada para que el hombre se sienta liberado de las ataduras del pecado y pueda ir al Padre con la certeza de quien sabe que está esperándolo con los brazos abiertos y preparando un banquete en el que todos se sientan el protagonista. No importan nuestros desvíos y caprichos, ni siquiera la lejanía de decir: «Padre, no quiero que formes parte de mi vida», para luego darse cuenta de que «solo en la casa del Padre hay alimento abundante y apropiado». Estoy convencido de que no vuelve por amor al padre, sino porque tiene hambre y el Padre Misericordioso, lo abraza como quien no lee las intenciones del corazón, su abrazo es el gran acto de amor que reconcilia el corazón del hijo con el Padre y hace que se sienta, de nuevo, de la casa.

Imaginemos a Jesús, el de Teresa, todo él lleno de la amabilidad y el conocimiento que tiene de la Santa. Sabe que es un poco coqueta, que le gusta sentirse querida, que, aunque él es el más importante, ella tiene sus preferencias entre

los amigos y las amigas y sabe amarlas/os con un amor que semeja mucho al del mismo Jesús. Decir que Teresa es encantadora es quedarse bastante corto, porque su encanto es el imán que proviene no de ella, sino de Aquel a quien ella hace presente en su vida diaria, también «entre pucheros», cualquier actividad que se hace en la presencia del Señor, tiene la fuerza de una actuación de Jesús. Su caminar por los polvorientos caminos de la España renacentista es un caminar con sonrisa en el corazón y capacidad de escucha para hacer «lo que Él mande». Por eso Teresa está reflejada en cada uno de los pueblos y obras que lleva a cabo. En ella se desborda el Jesús que vive en nuestras vidas.

En esos momentos en los que es «investigada» por la inquisición, ella permanece dócil y confiada, y el suspiro antes de su muerte: «por fin muero hija de la Iglesia» es muestra inequívoca de su fidelidad a la Iglesia, de su cuidado por no apartarse de lo que de ella exige en ese tiempo. Por esta razón todas las pesquisas llevan a dejarla en paz, sin que en ningún momento piense en hacer nada que vaya contra su misión de ser reflejo del Jesús cercano, amigo, sencillo, compañero de camino del que ella tiene experiencia. Ciertamente la vida de Teresa es una vida en plenitud, porque vive en Dios y no hay otra fuerza en su vida que la que «comparte con él», es su alma, su ser su ilusión. En las tareas de cada día, en las fatigas de los caminos, en sus dificultades para erigir los palomarcitos, en todo… la amistad, el ser emisora de la alegría que se siente al verse acompañada por Jesús y ser su servidora en la expansión del reino resalta sobre cualquier circunstancia menos positiva. Aun hoy, el convivir con religiosas carmelitas nos lleva a descubrir un reflejo de lo que es la fundadora para la vida de la Iglesia hoy. Realmente el encanto de Teresa no tiene parangón, es única y ahora nos llama a la amistad: Orar es «tratar de amistad con quien sabemos nos ama».